
Feminista y católica

Marysa Navarro

Entre el 22 de noviembre y el 6 de diciembre del año pasado fui a Chiapas con Catholics for a Free Choice o Católicas por el Derecho a Decidir, una red de hombres y mujeres que tiene centros en Washington, el D.F., Sao Paulo y Montevideo. Fuimos a Chiapas porque la directora de CDD, Frances Kissling, trata de organizar programas educativos para los miembros de su junta directiva, programas que los mantengan al tanto de los cambios políticos y sociales de envergadura. Fuimos a Chiapas porque allí se ha dado un proceso político/social de gran importancia en el que la Iglesia Católica ha tenido un rol protagónico. Queríamos ver cómo se estaban dando las cosas y queríamos aprender. Yo fui porque soy miembro de la junta directiva.

Tuvimos una serie de entrevistas con gente de la Iglesia, con grupos que participan de actividades diocesanas y con comunidades de base que pertenecen a la red Pueblo Creyente. Estuvimos con gente como Jorge Santiago, de DESMI, un grupo que promueve el desarrollo económico y social de la población indígena; con gente que trabaja en Alianza Cívica, una organización que monitorea elecciones y apoya los procesos de democratización; visitamos el centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, donde en mi opinión encontré muy poca conciencia de las diferencias de género en cuanto a derechos humanos y además nos entrevistamos con un estupendo grupo de feministas, Mujeres de San Cristóbal. Pasamos casi toda nuestra estadía en la ciudad, pero también nos dividieron en grupos para visitar cooperativas y otros tipos de organizaciones en pueblos o en el campo. Todo el viaje fue una experiencia extraordinaria, más enriquecedora, pero lo más emocionante para mí fue la visita que hice con mi grupo a Nueva Libertad, una comunidad a casi dos horas en auto de San Cristóbal.

Si pienso en Chiapas, tengo muy presente mi primera impresión: silencio y paz en un paisaje maravilloso; pero también distancia, separación y aislamiento, sobre todo cuando me acuerdo de ese camino montañoso tan difícil para llegar a San Cristóbal. Pienso en los años en que esa región estuvo aislada, sin comunicaciones, tan cerca y sin embargo tan lejos. San Cristóbal es una ciudad bellísima, suspendida en el tiempo, pero vivida. No te da la sensación de estar arregladita para turistas, pero está llena de turistas. A primera vista parece una ciudad provinciana, tranquila, en la que no pasa nada; no ves soldados, tanques o presencia militar en general, solamente alguna pinta del EZLN, del PRI o el PAN y en el mercado entre las artesanías tradicionales de pronto aparecen muñequitos vestidos de Subcomandante Marcos y también pasamontañas negros. Pero en cuanto empiezas hablar con la gente del lugar, te enteras de que hay una realidad muy distinta a la que tú ves, sobre todo cuando te muestran los barrios nuevos en los que viven las familias que han sido desplazadas por los enfrentamientos entre los evangélicos, los chamulas y los partidos políticos y te cuentan que hace dos semanas hubo una violación de una muchacha, se produjeron enfrentamientos entre el ejército nacional y el zapatista y que también los hubo entre gente que había ocupado tierras y el ejército zapatista y que también los hubo entre gente que había ocupado tierras y el ejército nacional. En fin que te das cuenta muy pronto de que aquello es un hervidero, que estás en un territorio en el que se enfrentan dos ejércitos, aunque por el momento no se oigan tiros, que el mundo tal y como existía hasta enero de 1994 ya se ha terminado, que las tensiones son muy fuertes y que la paz que se está negociando es muy precaria.

Una cosa que me sorprendió verdaderamente es el cambio impresionante que se ve en las mujeres indígenas. No esperaba verlo tan claramente como lo vimos en Nueva Libertad, a pesar de que sabía de la Ley Revolucionaria de Mujeres Zapatistas y de las nuevas ideas sobre la igualdad entre hombres y mujeres, el derecho de la pareja a decidir el número de hijos e hijas, etc. Nueva Libertad es una de las varias comunidades que forman parte de la Coordinadora Diocesana de Mujeres, CODIMUJ. Esta es una organización que coordina las actividades dirigidas hacia las mujeres de la diócesis. Nos llevó Victoria Vázquez, una monja muy simpática, vestida como nosotras, que tienen su base de trabajo en Comitán. Ibamos María Con

suelo Mejía, de CDD México, dos muchachas jóvenes que trabajan en CDD Washington, Suzie Armstrong y Ana-Britt Coe; Regina Soares de CDD Brasil y yo. El lugar de reunión fue una capilla diminuta, a la que llegamos por un camino que no existía, entre rocas y más rocas, en medio de unos campos maravillosos llenos de flores y de maíces muertos, muy tristes, secos por las lluvias que habían llegado antes de tiempo. Nos reunimos en la capilla porque era el único edificio que nos podía abarcar a todas. La habían decorado con flores del campo y le habían puesto guimaldas de papel de varios colores. Cuando entramos nos quedamos boquiabiertas: había un centenar de mujeres que se pusieron a aplaudirnos en cuanto aparecimos en la puerta. En realidad eran ciento veinte, las conté. La mitad estaba descalza y muchas tenían bebés en los brazos o agarradas de las faldas; había jóvenes, adolescentes, viejitas encorvadas con osteoporosis galopante, pero estaban todas impecables, lavadas, con delantales limpios, el pelo bien peinado, relucientes, dignas, acogedoras y sonrientes. Fue muy emocionante pues estaba claro que se habían puesto de fiesta para recibirnos y nosotras no sabíamos bien qué esperaban de nosotras.

La gran mayoría se sentó en unos bancos a lo largo de la pared y nosotras en unas sillas que ellas tenían preparadas del otro lado, pero muchas se quedaron de pie durante las dos horas que estuvimos conversando. María Consuelo, que es de casa, rompió el hielo. Se presentó, explicó quiénes éramos, que veníamos de distintos países, les dijo lo emocionante que era estar allí con ellas, nuestro agradecimiento por el recibimiento que nos habían dado, lo feliz que estaba de pensar en que íbamos a pasar el día juntas, que íbamos a conversar de nuestras cosas, pues es necesario que las mujeres hablemos entre nosotras para saber lo que nos une, qué tenemos en común, qué era de nuestras vidas y que, por nuestra parte, habíamos venido dispuestas a escucharlas. Fue un discurso muy lindo, emotivo, feminista, integrador, respetuoso, hecho con palabras sencillas, pero muy bien construido y cariñoso. Pienso que así lo tomaron ellas también. Yo que soy una llorona sin remedio, me emocioné y empecé a llorar. Cuando me tocó hablar a mí después de María Consuelo, como no podía parar de llorar pues seguí hablando y llorando, hasta que de repente me di cuenta que estábamos todas, ellas y nosotras, moqueando.

Como nuestro grupo se presentó, ellas también decidieron hacerlo, una por una. Yo tenía un cuadernillo en las manos, dispuesta a tomar notas, pero se me acercaron para decirme su nombre, de dónde eran y la cantidad de hijos que tenían. El promedio era de ocho; había una sola sin hijos y otra que no los había tenido pero había criado dos ajenos. Cuando las oía, pensaba en los cuerpos doloridos y cansados de esas mujeres y se me apretaba el corazón al ver a las chicas de veintitantos años ya con seis hijos.

Después de las presentaciones, fue la hora de la comida. Salimos al atrio donde habían instalado dos mesas en las que habían puesto unas ollas enormes con frijoles, pilas de tortillas y una cantidad de cosas más, o sea que habían preparado un almuerzo para agasajarnos. Nosotras habíamos llevado unos sandwiches y allí los pusimos también sobre la mesa. Yo me senté en un canto con dos mujeres que habían estado frente a mi mira en la mañana y que eran las primeras que había visto llorar. Una de ellas, América, había venido desde su pueblo a pie y se había levantado a las cuatro de la mañana para llegar a Nueva Libertad a las diez. Hablamos en castellano. Ninguna de las dos hablaba lenguas indígenas y ni ellas ni sus hijos o hijas habían ido a la escuela. Me dijeron que hablaban castellano porque eran campesinas y se definieron como tales, no por su etnia. América me explicó qué quería decir la palabra "baldear", palabra que ella había usado para describir sus condiciones de trabajo hace algunos años, antes de que apareciera el EZLN. Viene de balde, me dijo. "Baldear" es trabajar gratis para el finquero, para el patrón. Me contó que una vecina suya había quedado viuda con tres hijos. Tenía que ir a baldear con sus hijos a la finca y después volvía a su casa y tenían que ir a trabajar su quintita para comer.

Las que trajimos máquinas fotográficas sacamos cantidades de fotos, pero ellas también estaban preparadas. A la hora señalada apareció un fotógrafo, el único hombre que vimos en Nueva Libertad, para fotografiamos en distintos grupos, frente a la capilla. Terminada la comida, volvimos a entrar y siguió la agenda de trabajo que ellas habían preparado y escrito en una pizarra. Pasamos al punto dos, descripción de sus actividades, cómo se habían organizado y qué objetivos tenían. María Consuelo empezó explicando qué era CDD, les dijo que éramos feministas y católicas, que buscábamos el fortalecimiento y el empoderamiento de las mujeres, que

queríamos una mayor participación política de las mujeres y que pensábamos que la vida de los hombres y las mujeres debe ser muy distinta de lo que es.

Las que hablaron lo hicieron como representantes de sus comunidades. Una de ellas nos contó que Nueva Libertad formaba parte de una finca en la que habían sido explotadas y maltratadas, pero que el finquero se había ido el año anterior, después de la llegada del EZLN. Otras describieron sus condiciones de trabajo, su falta de tierra, se quejaron de que había finqueros que eran descendientes de los que les habían quitado las tierras, de la carestía de la vida y de la falta de ayuda del gobierno. Unas nos dijeron que a veces tenían problemas para organizarse porque debían pedirle permiso a sus maridos y si ellos no querían, ellas no podían hacerlo por su propia voluntad, sin embargo una anunció "yo ya no pido permiso" y otras dijeron que ellas tampoco. Algunas agregaron que "a veces es difícil pedir permiso, pero al final aceptan; además cuando ven que hacemos las cosas bien y para bien de todos, aceptan". La gran mayoría buscaba organizarse para hacer cosas que tienen que ver con las necesidades de la vida diaria, con el hambre y con la falta de medios. A mí entermecieron unas que se habían organizado para comprar un molino para moler el mixtamal y hacer tortillas. Tenían una deuda de dos mil pesos y para empezar a saldarla, pensaban vender dos puercos que estaban engordando. Se me partía el alma de pensar que esos dos mil pesos eran unos 300 dólares.

Nos repitieron una y otra vez: "Nosotras empezamos a organizarnos cuando llegó la palabra de Dios". Antes que llegara la palabra, nos explicaron, "nosotras rezábamos", pero todo cambió cuando empezaron a leer la palabra de Dios, es decir, cuando tuvieron acceso a los evangelios. Si bien no todas pueden leerlos y en muchos casos se los leen los hijos y las hijas, lo fundamental es que discuten los textos evangélicos, lo cual me parece maravilloso, pues yo de pequeña en mi perra vida tuve acceso directo a los evangelios; se leía o mejor dicho se repetía como una lora el catecismo, pero no se leían los evangelios, el Nuevo y Antiguo Testamento los estudié en la universidad y no necesariamente como textos religiosos.

La cuestión es que desde hace unos años, estas chiapanecas y otras con las que hablamos en San Cristóbal, se sientan a discutir los evangelios a la luz de su vida cotidiana, de su vida en tanto mujeres.

Es el mundo de la teología de la liberación, pero de una teología practicada por monjas, pastoras, catequistas, todas mujeres y dirigida a mujeres. Cuando miran un texto, lo entienden desde donde están, desde el ser mujeres y no tienen empacho en decir, como nos dijeron, que Cristo habrá dado su vida por nosotras, pero era machista, o que Abraham se portó con Sara "mucho mejor que nuestros maridos, a los que les tenemos que pedir permiso; ¡cuántos adelantos ha habido desde Abraham y nosotras todavía tenemos que pedir permiso!"

La sesión se terminó a las cuatro y media porque había mujeres que debían caminar más de cuatro horas para volver a sus casas. El broche de oro que habían programado fue un canto general. Cantamos "Las Mañanitas" pero con letra feminista. "Despierta mujer despierta, mira bien tu situación y digamos todas juntas abajo tanta aflicción" entonamos muy alegres, junto con otra canción, también con letra feminista. A renglón seguido empezamos a despedimos, primero con palabras bonitas y emocionadas y después a los abrazos. Como corresponde, nos pusimos a llorar de nuevo. Pero la verdad es que ellas estaban muy conmovidas. "Ustedes han venido desde muy lejos", nos dijeron. "Han venido a vernos y nadie había venido a vernos hasta ahora."

Cuando nos subimos a nuestro micro, llevamos a unas cuantas hasta la carretera que va a Comitán. Con mis vecinas de asiento, hablamos de hijos e hijas, pues me preguntaron por la mía, y de trabajo. Yo, siguiendo con mi preocupación, dije "lo duro es tener ocho hijos, eso es muy duro para su cuerpo". Una de ellas me retrucó con ojos tristes: "yo no he tenido nada y eso es malo para mí". Por mucho que traté de decirle que el cuerpo no sufre por no parir, creo que no la convencí.

En nuestras conversaciones, nosotras no empujamos a las mujeres a ir más allá de donde ellas querían. Sus condiciones de vida eran tan difíciles y la integridad con que nos hablaban de sí mismas tan conmovedora, que nos cohibimos un poco y no les hicimos las preguntas que hubieran llevado la conversación sobre el cuerpo o la sexualidad. Yo, digo la verdad, no me atreví. Pero que conste que en San Cristóbal, donde tuvimos otra oportunidad para hablar de estas cuestiones, con el grupo de Mujeres de San Cristóbal, allí nos enteramos de que, como de costumbre, el cuerpo, la sexualidad y la

violencia doméstica son temas de gran interés para las mujeres indígenas. Lo mismo nos dijeron las mujeres de Pueblo Creyente, para las cuales los derechos de las mujeres son una cuestión de justicia social que afecta tanto a los hombres como a ellas.

Camino a San Cristóbal, me costó poner en orden las sensaciones del día. Para empezar, me parecía haber tocado de cerca un mundo que había desaparecido supuestamente hacía mucho tiempo, pero en realidad era muy reciente para nuestras anfitrionas. Pero extraordinario es que lo había visto a través de la mirada de unas mujeres que habían cambiado mucho en muy poco tiempo. Las descripciones del antes que hacían nuestras amigas eran las que yo identificaba con un México, prerrevolucionario, pero el discurso era pronunciado por mujeres con conciencia de sus derechos como ciudadanas y de su subordinación de género. Las explicaciones de sus vida, de quiénes eran y qué querían, hablaban claramente de un antes y de ahora. Para mi desesperación, pues por deformación profesional necesito mayor precisión, el antes se perdía en el tiempo, pero el ahora tenía un punto de partida, "la llegada de la palabra de Dios" y la presencia del EZLN en la región. Su conciencia social y su conciencia de sí mismas en tanto mujeres viene tanto de los contactos con los zapatistas como de esa nueva manera de sentir y vivir su religión. La combinación es muy poderosa y les da mucha fuerza. Pero siento que hay también una contradicción en esa situación. Si bien en lo social están hablando de cosas que tienen que ver con cambios propiciados por los Zapatistas, en lo espiritual están hablando desde otro lugar muy diferente. En la actualidad ambas posiciones coexisten amigablemente, están juntas, pero históricamente no lo habían estado y es bien posible que la contradicción se agudice.

¿Qué estoy haciendo yo en Católicas por el Derecho a Decidir? Soy feminista y fui católica practicante, y seriamente practicante, hasta los veinte años. Ahora he vuelto al catolicismo a través de Católicas por el Derecho a Decidir. Haciendo una evaluación de quién soy, he decidido que mis valores y los principios que guían mis actos tienen un trasfondo que viene de mis padres, que fueron católicos, aunque lo fueron en un estilo un poco iconoclasta: en el exilio, en Francia, con los curas vascos que se fueron al exilio con nosotros, pues también eran antifranquistas. Es que vengo de una familia de

republicanos españoles que siempre se identificaron como nacionalistas vascos y como tales reivindicaban un catolicismo *sui generis*, atacado y vilipendiado por la jerarquía eclesiástica española. He descubierto poco a poco que vengo de una tradición contestataria dentro de la Iglesia, una tradición comprometida con la justicia social, aunque eso no tuviera legitimidad ni en España ni en otras partes del mundo sino hasta mucho más tarde. Creo que todo esto y el ejemplo de mis padres me han afectado profundamente, a pesar de que me ha costado muchos años entenderlo.

Yo me separé de la Iglesia como se separó mucha gente de mi edad. En mi caso, con mucho dolor y mucha angustia. El descubrimiento del Index me dejó patitiesa. Eso de que me prohibieran la lectura de ciertos libros me resultó absolutamente inaceptable. Cuando surgió la teología de la liberación, me interesó mucho, pero no me trajo de vuelta al redil pues para ese entonces me había volcado al feminismo y lo que vi en esa nueva teología es una prueba más del profundo machismo de la Iglesia. Por mucho que hablaran de liberación, con respecto a las mujeres, los teólogos seguían siendo tan machistas como el resto de la Iglesia.

Mi cambio comienza a darse cuando aparecen las monjas que cuestionan su subordinación en la Iglesia y las teologías feministas. El surgimiento de una corriente de pensamiento producida por mujeres que no se querían ir de la Iglesia a pesar de la misma Iglesia y que decidieron seguir siendo feministas y católicas ha sido para mí un hecho de suma importancia. El surgimiento de esta corriente ha sido lento y en los Estados Unidos se da no solamente entre monjas, sino también entre académicas que enseñan religión o teología en las universidades. Me interesaron porque me di cuenta de que hablaban de cosas que tienen que ver con mi vida espiritual y que yo había tenido que negar durante años por ser feminista y haberme alejado de la Iglesia.

Por otra parte, la presencia de estas mujeres en varios ámbitos y la creación de organizaciones, especialmente CFFC*, cuyo mensaje es verdaderamente fundamental, tiene lugar en momentos en que el Vaticano decide endurecerse contra la teología de la liberación; res

* Catholics for a free choice.

tringe cada vez más las actividades de su ala liberacionista, pero en contrapartida, sigue manteniendo su compromiso con la justicia social y tampoco revisa su discurso machista. De hecho, cuanto más habla la jerarquía eclesial de justicia social, más reafirma la imposibilidad de cambiar el rol de las mujeres dentro de la iglesia y en la sociedad. Para mí, todo esto ha transformado la Iglesia en un lugar más de lucha feminista, un frente donde yo tengo que luchar como lo hago en otros lugares. Uno de los lugares donde hay gente que ha empezado a separar los elementos, deslindar lo que es cultural, lo que puede ser reivindicado, lo que puede ser terriblemente anti-mujer y lo que puede proporcionar herramientas para ayudar al cambio.

Desde hace unos años, cuando me lo preguntan, digo que soy católica, cosa que no hacía desde hace mucho tiempo. Me siento muy cómoda asumiéndome como católica, pues me he reconciliado conmigo misma, al tiempo que también se reconcilian mis ideas políticas con mis necesidades espirituales (no sé como llamarlas de otra manera). Nosotras las feministas hemos buscado la espiritualidad en muchas fuentes, pero yo no me siento bien ni con las diosas ni con el Zen. Claro que ahora me cuesta aceptar algunas cosas y no puedo menos que rechazar otras. Así por ejemplo, no me gustan las misas de ahora. ¡No hay como una misa mayor, en latín y sobre todo con incienso! Tampoco hay explicación posible que me haga aceptar que soy el complemento de un hombre; me lo diga quién me lo diga, no lo puedo creer. Yo sé que al igual que mi amiga América, de Nueva Libertad, tengo una individualidad concreta y real, y no soy dependiente de un hombre para ser, lo diga o no el Vaticano. Por primera vez en mi vida siento que no tengo pedazos repartidos por todos lados. Además me satisface saber que participo de la construcción de un pensamiento católico nuevo, por primera vez centrado en las mujeres pues leemos y pensamos desde el ser mujer, con conciencia de ser mujer, no como nos conciben los hombres, dentro y fuera de la Iglesia, sino como nos imaginamos y concebimos nosotras mismas, sin pedirles permiso a ellos. Por eso somos capaces de elaborar un pensamiento ético y somos capaces de tomar decisiones éticas y no aceptamos la idea de que la ética es algo que solamente pueden hacer los hombres, los maestros, los apóstoles, los grandes hombres de la Iglesia.